



Juan José Bremer, *Tiempos de guerra y paz. Los pilares de la diplomacia: de Westfalia a San Francisco*, México, Taurus, 2010, 384 pp.

Tiempos de guerra y paz, segundo libro de Juan José Bremer, se ubica, cronológicamente, en la antesala de *El fin de la Guerra Fría y el salvaje mundo nuevo*, su primera obra. Como historiador frustrado que soy, lo disfruté mucho, e incluso me motivó a emprender lecturas complementarias, rescate bienvenido de la fría economía y sus crisis actuales.

A mi juicio, las principales razones por las que disfruté esta lectura y, en consecuencia, por las que la recomiendo, son las siguientes:

—Corresponde al género histórico, del gran trazo, de la brillante visión de Hegel o de los grandes historiadores ingleses. Mucho más interesante que la microhistoria.

—Está escrito desde la perspectiva, no de un historiador académico, sino de un perspicaz diplomático, de un prominente actor de la función pública, que entiende las limitaciones a las que se enfrentan los estadistas. Extrae lecciones que el pasado nos ofrece. Hay continuas comparaciones entre los cuatro puntos de reflexión históricos, los pilares, y el momento actual. Es el atractivo enfoque que Henry Kissinger practica por las mismas razones en sus libros que incursionan sobre la diplomacia y el Congreso de Viena, citados en el libro. Bremer seguramente se inspiró en el admirable escenario de Belgrave Square en que, desde nuestra embajada, se contemplan las embajadas de Alemania y de España.

—No pretende ser una obra original del investigador que sacude el polvo de los archivos de las fuentes primarias. Sin embargo, es una admirable síntesis que me permitió, por ejemplo, entender una de las guerras más complejas, la de Treinta años, que en realidad es de cuarenta y se desarrolló en cuatro etapas: la bohemia, la danesa, la sueca y la francesa, y la más compleja paz de Westfalia, con sus varios acuerdos intermedios, cuyo tratado final no se da en una ciudad, sino en dos, Osnabrück, sede de los protestantes, y Münster, de los católicos. Geoffrey Parker, uno de los autores clásicos sobre el tema, tiene 22 páginas de tablas cronológicas con cinco columnas; Bremer, en cambio, sintetiza todo en 33 páginas, claras y amenas.

—De su lectura se pueden extraer grandes lecciones para el momento actual. Richelieu, cardenal católico y uno de los grandes estadistas de todos los tiempos, estableció una alianza con los protestantes más recalcitrantes, los alemanes y suecos, para hacer avanzar los intereses de Francia y luchar contra el Sacro Imperio de los Habsburgo de Austria y España que, como católicos, libraban una lucha acérrima contra los protestantes. En el camino, Richelieu fundó la tesis de la razón de Estado contra el universalismo. Se acabó el dominio de un emperador y de la Iglesia universal.

—Los casos de gran incapacidad de líderes de la humanidad que, dominados por las bajas pasiones —el afán de revancha, la mezquindad, el deseo de destruir al vencido— son la causa de la siguiente confrontación. La increíble torpeza de los aliados, particularmente en Versalles, que imponen a los alemanes condiciones imposibles: un pago leonino de reparaciones, el corredor polaco que parte en dos su territorio. Castlereagh, el ministro inglés, planteó con visión lo contrario en el Congreso de Viena: “Los continuados excesos de Francia, sin duda, llevarían a los aliados a desmembrarla [...]. Pero, frustrada volvería

a tomar las armas desde la posición dominante que le daría la fuerza moral”.

—De igual manera plantea la ceguera y la volatilidad de los pueblos. Adolf Hitler llega al poder en 1933 por el voto legítimo de las urnas. Winston Churchill, salvador de Inglaterra, tiene que retirarse, al ser sustituido, a la mitad de la gran Conferencia de Postdam, ya que el voto inglés lo derrotó en las urnas. El presidente Woodrow Wilson es el promotor, en la paz de Versalles, de la creación de la Sociedad de Naciones, de la que su país no pudo ser miembro, porque su Senado no lo ratificó; así, esta sociedad queda aniquilada en su origen.

—Los mitos de los estadistas de gran fama. Churchill y Franklin D. Roosevelt, ganadores de la guerra, pierden las negociaciones de paz ante el “zorro” Stalin. Cuando se dan cuenta, éste ya se había apoderado de la mitad de Europa. Bremer refuta lo que algunos grandes historiadores dicen acerca de que Hitler actuaba improvisadamente, y no como en realidad lo hizo, con una visión estratégica de ajedrez (al igual que Stalin), aunque ésta fuera fallida y cometiera errores de cálculo sobre la fuerza de sus enemigos.

—Es un libro muy ameno. Hay sucesos que se salen también de la guerra y las difíciles negociaciones de tratados, pero que finalmente encarnan “la gramática parda” eficaz de la diplomacia. El Congreso de Viena, el más divertido, tiene ingredientes de un *best seller*: drama, violencia, sexo y... gastronomía. Talleyrand, el gran diplomático francés, llegó al Congreso de Viena como representante del país derrotado; no se resigna a jugar un papel de observador y quiere sentarse para influir sobre la paz, pero ¿cómo lo logró?: haciendo uso de todos los instrumentos, se vale incluso de un diplomático de la gastronomía francesa desde su palacio de Kaunitz. Al presentarle al rey de Francia, su delegación le dice que no quiere diplomáticos, quiere chefs. Talleyrand lo sorprende entonces poniendo

en primer lugar de la delegación a Carême, uno de los grandes chefs de la historia. En una de las reuniones entró un lacayo anunciando la llegada de un correo de París; traía dos cosas: los despachos de la Corte para la delegación y una caja de quesos *brie* para la mesa.

Este congreso fue, no sólo una gran conferencia política, sino todo un evento social. Hay un libro, citado en la bibliografía, titulado *El Congreso baila*. Un delegado, el príncipe de Ligne, dijo: “El Congreso danza, no avanza”. En la Conferencia participaron cuatro reyes y un zar, dos reinas, más de doscientos príncipes y duques: “Palacios y chozas se arriendan a precio de oro”; también, mujeres influyentes, que hicieron labores de espías y confidentes, entre ellas, Dorotea, la sobrina de Talleyrand. Un testigo afirmó: “Hay una contribución a las negociaciones por las indiscretas conversaciones de muchas mujeres”. Viena tenía entonces el mejor servicio secreto de Europa; se colocan a sirvientes para adueñarse de los basureros de los diplomáticos y recoger información que después se integraría. Se analizan los encuentros de Metternich y el zar Alejandro en sus relaciones con dos bellezas, la princesa Bagratrión, llamada “Ángel desnuda” porque usaba vestidos transparentes, y la duquesa de Sagan. En este terreno ganó Metternich, lo que envenenó la relación.

Napoleón les dio un merecido susto. Metternich recibió un correo en la madrugada de un día de febrero de 1815, cuando el Congreso estaba concluyendo: “Ya no está Napoleón en Elba”. La pregunta: “¿Dónde está?” La respuesta: “No sabemos”. Talleyrand opinó que iría a Italia; el austriaco le dijo: “A París”... y acertó. Wellington, delegado de Inglaterra en Viena, acudiría a la cita histórica de Waterloo.

—Otro atractivo es la importancia que da a las grandes personalidades, los líderes, malos y buenos, que influyeron decisivamente en los acontecimientos. Un acierto son las “cápsulas”

sobre los grandes actores que Bremer inserta. En la Guerra de Treinta años: Richelieu y Mazarino, los indiscutibles ganadores, que hacen de su país la principal potencia europea; Gustavo Adolfo, rey de Suecia, y Wallenstein del Imperio, destacados militares que se enfrentaron en la gran batalla de Lützen. En el Congreso de Viena, Metternich y Talleyrand, dos de los grandes diplomáticos de la historia, con Castlereagh y el zar Alejandro. En Versalles, malas calificaciones para todos: el que mejor los caracteriza es un economista, Keynes, cuyo libro *Consecuencias económicas de la paz* se convierte en éxito de librería, no por su análisis económico de las reparaciones, sino por la descripción de los personajes claves del Tratado. Lo cito: “El Presidente (Wilson), el Tigre (Clemenceau), la Bruja Inglesa (Lloyd George), se encerraron en un cuarto seis meses, lo que surgió de allí fue el Tratado”. Lloyd George fue la *femme fatale* que dio el elemento femenino a la intriga triangular. Clemenceau fue el más eminente del Consejo de los Cuatro (hoy sería el G4). El Tratado representa su ideal: Francia tenía política, pero quería una paz cartaginesa, aplastando a Alemania. Dice Keynes sobre Lloyd George: “Sustentado en la nada, sin contenido, no tiene ni ideas fundamentales ni principios”; sobre Wilson: “Un Quijote ciego y sordo, un cura presbiteriano; su pensamiento y temperamento no es intelectual, sino teológico; [...] su mente lenta y no adaptable, no apoyado, ni asesorado por su débil delegación, ante hombres más inteligentes que él”. Concluye: “Nació un tratado, hijo de los peores atributos de cada uno de sus padres, sin nobleza (Clemenceau), sin moralidad (Lloyd George), sin intelecto (Wilson)”.

En los acuerdos del fin de la Segunda Guerra Mundial cada quien tenía un enfoque de paz diferente: Churchill quería reconstruir el balance, “el equilibrio europeo” con Estados Unidos, Alemania y Francia, en contrapeso a Rusia. Stalin pretendía extender la influencia de Rusia sobre Europa del Este,

como barrera contra Alemania. Roosevelt quería un orden de posguerra, impuesto por “cuatro policías”, garantes del orden, los victoriosos: Rusia, Inglaterra, Estados Unidos y China; un consejo de administración, antecedente del Consejo de Seguridad, concepción que resultó un tanto inocente.

—Su enfoque visionario permite grandes comparaciones entre los cuatro grandes eventos históricos.

—Westfalia y Viena forjan un periodo de paz durante más de un siglo, no sin dejar la semilla de su destrucción. Una, no resuelve el problema alemán; la otra, no reconoce la autodeterminación de los pueblos. Versalles, la más miope, genera la Segunda Guerra Mundial.

—Alemania: su arreglo territorial y constitucional origina las cuatro guerras.

—Viena, la más brillante, de ella surge la doctrina, del equilibrio de poder, con la paternidad inglesa y la ejecución de Metternich, combinada con una legitimidad sustentada en el consenso de las potencias. Esta concepción resulta derrotada por la Revolución francesa, la Revolución Industrial y la lucha de clases que genera entre burgueses y proletarios, el socialismo y el nacionalismo.

Por deformación profesional, creo que la única parte débil del libro es el capítulo sobre el periodo de entreguerras, su análisis sobre la Gran Depresión y su efecto sobre el fin de la República de Weimar y el ascenso del nazismo. Al respecto, A. J. P. Taylor, gran historiador inglés, dice que: “La Gran Depresión es el evento central de la Europa de entreguerras, tan decisivo, a su manera, como la Revolución Francesa y la propia Primera Guerra”. Nunca hay acuerdo entre economistas, sin embargo, las causas económicas y políticas de la Gran Depresión se pueden atribuir a errores humanos. La terquedad de las grandes potencias, Estados Unidos e Inglaterra, para volver al pasado con el talón oro, provocaron severas deflaciones. Keynes, otro

actor, llega a la fama con sus dos ensayos: *Consecuencias económicas de la paz* y *Consecuencias económicas de Churchill*. Un economista moderno, Eichengreen, dice: “La reimplantación del talón oro sentó las bases para la Gran Depresión, su transmisión entre Estados Unidos y el resto del mundo, el obstáculo para corregirla y, cuando se abandonó, la recuperación fue posible”.

La exigencia a Alemania de pagar reparaciones tiene consecuencias muy nocivas, aunque ésta se las arregla para retrasar pagos y obtener financiamiento de Estados Unidos para saldar las deudas de guerra. Sin embargo, el peso de la deuda de Alemania, Inglaterra y Francia; es decir, los principales países participantes con Estados Unidos, inciden sobre la Gran Depresión mundial. Después del crac bursátil se mantienen políticas ortodoxas deflacionistas en Estados Unidos —con Hoover— y en Alemania —a finales de la República de Weimar—, que son los países más afectados: en Estados Unidos había un trabajador desempleado de cada cuatro y en Alemania uno de cada tres. No sorprende que Adolf Hitler llegara al poder al mismo tiempo que Roosevelt con su Nuevo Trato. Hjalmar Schacht es un personaje que amerita una “cápsula”. Hitler lo nombra director del banco central y, poco tiempo después, ministro de Economía. Con el genio que lo caracterizó como el banquero central más creativo de su era, 10 años antes, Schacht fue el artífice de la estabilización del marco, después de la hiperinflación y la conversión final de un nuevo marco por un billón de los antiguos. Tiró por la borda todo el bagaje de economía ortodoxo y embarcó a Alemania en un masivo programa de rearme y empleo, incluyendo la construcción de las primeras autopistas (las “autobahns”), financiando con déficit fiscal (cinco por ciento del PIB). Fue un gran experimento, aplicando las teorías de Keynes, antes de que saliera su teoría general. En cuatro años Schacht logró acabar con el desempleo. En ese momento, Hermann Goering lo sustituye en sus funciones, sale del gobierno

y, años después, por conspirar contra Hitler, acaba en Dachau. Los aliados lo rescatan y lo enjuician en Núremberg. Es de los tres absueltos.

Para terminar, una nota de agradecimiento por la referencia que hace a mi persona y el reconocimiento de la destacada participación de México y de su ministro de Hacienda, Eduardo Suárez, en la Conferencia de Bretton Woods, el pilar del orden económico de la posguerra (que dio lugar a la creación del FMI y el BIRF), como la Conferencia de San Francisco lo fue en lo político. México, con una preparación de un año, con sus mejores expertos, fue, después de Estados Unidos, Inglaterra y Canadá, el país que hizo las más importantes contribuciones.

De la lectura de esta obra surge el interés por estudiar temas relacionados, como la participación de México sobre la vida limitada de la Sociedad de Naciones y en los albores de la ONU.

Como se aprecia, *Tiempos de guerra y paz. Los pilares de la diplomacia: de Westfalia a San Francisco* es un libro excelente, muy sugestivo y cuya lectura recomiendo ampliamente.

Francisco Suárez Dávila